



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(José Moncayo.)



—Anoche me ha asegurado
el hijo de Caballero
que con *El cabo primero*
me ganaré un entorchado.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Tu abanico, por Eduardo Bustillo.—¡Qué demontre de vino!, por Juan Pérez Zúñiga.—Una ironía de los dioses, por Alejandro Larrubiera.—El noticierismo, por Sinesio Delgado.—Dejar pasar la ventura, por Angel R. Chaves.—¡Cómo vivirá!, por Eduardo de Palacio.—Un candidato, por Antonio Montalbán.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: José Moncayo.—Las bellas artes (cuatro viñetas).—Dejar pasar la ventura (tres viñetas).—España cómica: Alicante, por Cilla.



DE TODO UN POCO

—¡Ay, Pepita! ¡Nunca he tenido un grano como éste!—exclamaba Clavijilla, primer *violoncello* del trío que ameniza las *soirées* en el balneario de Mondariz.

—Ten paciencia, hombre—contestaba la esposa.

—Ya la tengo; pero cada vez me duele más. ¡Y en qué día

me ha ido á salir el condenado! Precisamente hoy que tengo que tocar *La desesperación del maragato*.

¿Y eso qué es?

—¿No lo sabes? ¡No te dicho que estrenamos una pieza musical preciosa en el concierto de esta noche!... ¡Ay, maldito grano!... Pues, sí; es una pieza notable y yo tengo un «solo» apoyado en la prima, de difícil ejecución; de seguro me aplauden muchísimo; pero con este maldito divieso no voy á poderme sentar.

—¡Qué desgracia!

—Y no es cosa de que se suspenda el concierto por un grano.

—¡Naturalmente!

En esto llamaron á la puerta.

—¿Quién será?—preguntó Clavijilla haciendo un gesto de dolor.

—Es doña Paca—contestó la esposa del músico saliendo al encuentro de la aludida.

D.^a Paca penetró en el cuarto del matrimonio musical, como persona de confianza, y lo primero que hizo fué quitarse la bota del pie izquierdo y sentarse en una silla.

—Dispensen ustedes—dijo,—pero vengo fatal.

—¿Qué le pasa á usted?—preguntó Pepita, la mujer del *violoncello*.

—Este maldito juanete, hija, que me hace ver las estrellas. Yo no sé si será efecto de las aguas...

—Lo mismo está mi esposo—replicó Pepita.

—¿También se le inflama el juanete?

—No, señora, no es en el juanete—murmuró el aludido, llevándose ambas manos al lugar del siniestro.

—¿Pues qué le pasa?

—Un grano, señora, un grano horroroso, que me ha salido en...

—No diga usted más: ya sé lo que es eso. Tuve yo uno de recién casada que me aniquiló completamente. ¡Ay, qué grano aquél!

—¿Y le duró á usted mucho?

—Lo tuve mes y medio y sólo encontré alivio con cataplasmas de harina de linaza y vinagre del más fuerte.

—El caso es—replicó Clavijilla—que esta noche tengo que tocar en el concierto. ¿Cómo voy á ejecutar el «solo» si no puedo sentarme?

—Lo mejor es que lleve usted la cataplasma encima del grano para que se ablande—dijo D.^a Paca.—Yo, si no fuera porque no está bien en una señora, se lo vería á usted con mucho gusto.

.*

—¡Camarero!—dijo la esposa del músico, saliendo al pasillo, —Háganos usted el favor de mandar á la botica por diez céntimos de linaza en polvo.

Media hora después la esposa revolvía con una cuchara de madera la harina de linaza y el vinagre, dentro de un cacharro puesto á la lumbre.

¡Ay! seguía diciendo Clavijilla, con voz acongojada.—¿Qué latidos me da!

D.^a Paca no había querido marcharse hasta ver el efecto de la cataplasma, y á unie, al lado del fogón, dictaba reglas y hacía objeciones del tenor siguiente:

—No revuelva usted la linaza con la mano izquierda, que se puede cortar. Agite usted el cacharro para que se incorpore bien el vinagre.

Á todo esto acercábase la *soirée* y Clavijilla miraba el reloj con impaciencia.

—No falta más que un cuarto de hora—dijo por último.

Y se fué á la cocina para gritar como un desesperado:

—Vamos, pronto, que me tengo que marchar.

—Vaya, ya está lista la cosa—dijo D.^a Paca entrando en el cuarto con el puchero.

—¿Quién me pone la cataplasma?—preguntó Clavijilla con acento triste.

—Yo—dijo su esposa arrebatando el puchero de manos de D.^a Paca. Vuélvase usted hacia la pared, que voy á desnudar á mi esposo.

—Átesela usted bien, pero déjesela sueltcita para que no haya demasiada presión. Pásele usted la atadura por debajo de la pierna, y hágale usted un lazo en el ombligo.

Todo esto lo decía D.^a Paca sin volver la cabeza.

.*

—¡Caramba! ¿Qué tarde viene usted!—dijo á Clavijilla el director del trío cuando le vio aparecer en el salón.

—Es que tengo un grano horroroso—contestó el *violoncello*.

—¿Le duele á usted mucho?

—Muchísimo; pero lo peor va á ser cuando me sienta.

—¿Ha repasado usted el «solo»?

—Sí, señor; he vencido todas las dificultades.

—Perfectamente; ea, vamos á empezar.

Sentóse Clavijilla con gran trabajo, hizo el director la señal, el trío comenzó á preludiar la nueva pieza, y el público, ávido de emociones, apenas se atrevía á moverse.

Á Clavijilla comenzó á escocerle el grano de una manera terrible; pero el arte, la dignidad musical, su fama de concertista, las miradas feroces del director, la expectación del público; todo esto le obligaba á prescindir de sus dolores físicos para no pensar más que en el «solo» y comenzó á tocar dulcemente, dándole á la melodía todo el sentimiento indicado por el compositor.

¿Qué hermoso poema musical! ¿Qué dulce sonido el que salía del *violoncello* de aquel instrumentista admirable!

—¡Bravo, bravo!—oíase decir al auditorio.

—¡Soberbio!—murmuraba el director.

Pero de pronto Clavijilla, como si hubiera perdido la cabeza, púsose á tocar con rabia, con verdadera desesperación, dando botes sobre su asiento y lanzando rugidos espantosos. Los músicos mirábanse asustados, el auditorio, sorprendido, no acertaba á comprender lo que sucedía, y el *violoncello* tocaba sin cesar, retorciéndose como un réprobo á quien condenan á tomar triple antes sin beber agua.

Levantóse el público lleno de espanto, enmudecieron los demás profesores de la orquesta, huyeron desavoridas dos ó tres señoras y el *violoncello* seguía tocando con furor, hasta que al fin cayó patas arriba, rechinando los dientes, sudando como un pollo y lanzando carcajadas histéricas.

Después se desmayó.

.*

Conducido á su cuarto, la alarmada esposa acudió á socorrerle.

—¡Quítame la cataplasma!—fué lo primero que dijo Clavijilla, dejando caer los brazos con desaliento.

—Pero ¿cómo ha podido la linaza hacer toda esta carnicerías!—dijo la esposa, apartando los ojos con horror y el estómago con asco.

—¡Maldita sea doña Paca!—murmuró Clavijilla, volviéndose á desmayar.

—Pero ¿qué ha pedido usted en la botica?—preguntó la mujer del músico al camarero de la fonda.

—¿Qué había de pedir? Lo que usted me dijo.

—¿Qué?

—Harina de mostaza.

—¡Jesús!!

Luis Cabada.

En abanico.

¿También tú, Mari-Dominga, que, por festiva, te alegras, y, como fiesta, te guardas, pero aguardando las fiestas?

¿También tú, cuyos abariles ya no traen flores ni fresas, pues ya son todos diciembres, pasada tu primavera?

¿Tú también, final de otoño, en verano te descuelgas con japonés abanico pidiendo coplas chinescas?

Ya vi sobre sus varillas lo que algún coplero reza hablando de tu *donaire* que con el *aire* consuena.

Guárdate de sonsonetes y en las lisonjas no creas, pues para hermosas pasadas siempre hubo mentiras frescas.

Mas de mí no las esperes, que es, más que favor, ofensa dar en cara con espejos, obligados á que mientan.

Allí te mando tu abanico con la verdad para y neta; pediste engaños, y el aire los desengaños te lleva.

Mis versos son fe de erratas de hiperboles de poetas que han tapado lo que hoy eres con todo lo que ayer eras.

Lo peor de lo que fuiste el diablo te lo conserva, y en tu volante abanico tú misma nos lo confiesas.

No buscas en él el aire; quíerese como bandera para renovar campañas de tu atroz concupiscencia.

Es eso sólo no cedes ni hay años que te envejezcan, ni burla que te acobarde ni Dios que te ponga enmienda.

¿Abanico? Uno te ofrezco para cuando el cielo quiera que una vez te salga al rostro el calor de la vergüenza.

Eduardo Bustillo.

¡Qué demontre de vino!

MONÓLOGO

Es una cosa que medito en vano.
¿Por qué diantres el vino de Mariano se me sabe en seguida á la cabeza, aunque no beba más que una copita? Hebo vinos de igual naturaleza, ya el de clase exquisita, ya el que sabe á la pez ó está *marchito*, y aunque apure un tonel nada me pasa. Pero el vino de casa de mi amigo Mariano, lo repito, se me sube á la testa de repente, así beba una gota solamente.

Como á nadie le ocurre lo que á *miquis* y el vino de Mariano resulta un vino tinto soberano, llegué á decirme un día: «¿Qué demonio! ¿Voy á privarme de él? ¡No! Don Antonio, el médico del pueblo, que es muy ducho, me dirá la razón de la *malida*; porque á mí, la verdad, me carga mucho tenerme que privar de esa bebida».

Mas ¡quién! Ni don Antonio, ni don Lino, ni don Blas, ni don Luis, ni don Gabino pueden dar en el quid de mi rareza, y apenas cato el susodicho vino se me está ya subiéndome á la cabeza.

¡Pero qué tonto soy! ¡Si ahora recuerdo que el anterior verano, estando en la bodega de Mariano, una cosa ocurrió (y esto no es guasa) que me explica muy bien lo que me pasa!

Á instancias de Mariano, allá en Agosto, me asomé á un tinajón lleno de mosto, llevando en la cabeza un sombrero cordobés muy bonito, y cuando estaba yo más desuoidado, de mí se desenchaja y queda para siempre sepultado en el río licor de la tinaja.

Allí yace disuelto el que algún tiempo fué mi tapadera, flotando amargamente no haber vuelto á cubrir mi sesera,

pero dándole al mosto recogido resabios de sombrero agradecido.

Y sin duda por eso este verano, aunque es una rareza, el vino de Mariano se me sube en seguida á la cabeza.

Juan Pérez Zúñiga.

UNA IRONÍA DE LOS DIOS

I

Al Sr. D. Vicente D. de Vicario.

El gran Júpiter—porque estas cosas sólo al gran Júpiter podrían ocurrirse—reunió en sesión permanente al Olimpo para acordar el móvil que á los mortales pudiera hacerles más agradable la existencia, de suyo monotonía.

Después de una discusión de mil dioses que hizo del Olimpo un Congreso español, Júpiter, con voz nunca más tonante, dijo:

—¡Parece mentira ¡oh dioses y diosas! que vuestras inmortales cabezas se hallen tan faltas de seso! Estáis deshonrando el Olimpo con prosaicas y torpes discusiones. ¡Lo que el hombre necesita de continuo es poseer una ilusión!...

—¡Una ilusión!—interrumpió Venus admirada.—¿Y qué es eso, amado Júpiter?...

—¡Nadal!—replicó éste.—Lo que es la llama mientras vive, que alumbra y calienta lo que le rodea, lo que es la nube que ocupa el espacio y luego se desvanece en lágrimas, sin dejar huella: algo que llene de luz y calor el pensamiento del hombre y le empuje á anhelar una cosa y esperar al mañana con ansia y fruición. ¿Comprendéis?...

—¡Sí! ¡sí!—gritaron todos los dioses, aunque algunos se habían quedado en ayunas de lo expuesto por su omnisciente jefe.

Y cada cual propuso su idea, hasta que Minerva, la hija de Júpiter, dijo:

—Padre, creo interpretar tu pensamiento: fabriquémos en el cielo millones de mariposas y arrojémoslas sobre la tierra; cada una de ellas representará una ilusión: que Venus, Mercurio, Apolo y demás dioses les presen su espíritu. Las mariposas rodearán al hombre constantemente inspirándole afán de gloria, amor, riqueza, honores y poderío; halaguemos así la idea que con más cariño se albergue en la imaginación humana, y el mortal que logre aprisionar una mariposa tenga como premio ver realizado su deseo.

—¡Admirable!—exclamó Júpiter, frotándose las manos de gusto.—Al fin... ¡hija mía!

Y dirigiéndose al Olimpo, dió la orden de fabricar las mariposas ideadas por la diosa de la sabiduría.

II

La tierra se pobló de millares y millares de mariposas de deslumbrador ropaje: unas rosadas como el amor, otras de oro como las riquezas, verdes como la esperanza, azules como los ensueños; y los hombres todos, llenos de entusiasmo, se entregaron locamente á perseguir la mariposa que más robaba su atención, pero rara era la que se dejaba coger á pesar de los mil ardides que se inventaban; cuanto más cerca se veían, tanto más se alejaban trazando en el espacio caprichosos giros.

El hombre, tenaz en su empeño, iba siempre á su alcance hasta que el cansancio ó la muerte atajaban su camino.

El juego éste será eterno.

¡Los dioses, á veces, tienen crueles humoradas!...

Alejandro Larribera.

EL NOTICIERISMO

Juan asesina á Ramón, (es una suposición).
Llega en seguida el juzgado, ve el delito claro y cierto, prende al vivo, entierra al muerto y... se forma el *atestado*.

Y ¿sabe usted lo que pasa?

Que si es usted inquilino de la casa

donde habita el asesino, le llaman á usted á prestar diez y seis declaraciones y tiene usted que dejar todas sus ocupaciones.

¡Y no es esto lo peor no señor!

Lo peor es que en seguida se averigua en el juzgado, que, á pesar de ser casado, tiene usted una querida con la cual derrocha su capital...

Y lo cuenta un escribiente al redactor de un diario, el cual inmediatamente publica un extraordinario

diciéndole al mundo entero que es justo que se convenza de que es usted un caballero que tiene poca vergüenza.

Luego se va averiguando, sin saber cómo ni cuándo, que usted juega en el casino, y pierde usted, por más señas, y que le gustan el vino

Valdepeñas,

el cognac y el marrasquino.

Usted rectifica; ¿y qué? Esos recursos son buenos para todo el mundo... menos para su esposa de usted.

Bueno, pues de la querida no hay que decirle á usted nada. ¿Ha visto usted en su vida mujer más comprometida, sobre todo si es casada?

.....
¡Para que al fin el jurado sepa que usted no ha tratado ni al muerto ni al delincuente; y, además, no se ha enterado de nada absolutamente!

Sinesio Delgado.

Las bellas artes.



—Aquí tiene usted dos Velázquez a seis realitos la pareja.
 —¿Velázquez?
 —Sí, señor, sí; Robustiano Velázquez, que es un chico que maneja el color como el mismo Dios de los cielos.



—Ande usted; sea usted genio y toque usted por las calles la novena sinfonía pa que no se entera nadie...



—Ande el barato; Castelar, León XIII, Gladstone, Bismarck... ¿Quién por veinte céntimos no conserva este pequeño recuerdo de los grandes hombres?



—Ya escribí 1400 pos atrás Quéjas, Suspiros y Amoras, y hoy dicen los vauvedicos ¡ay! que el papel vale más.



Dejar pasar la ventura.

(CUENTO DE DOS SIGLOS HA)

I

Aunque su ropilla de rizo con los sobrepuestos de esterilla de plata pasada y golpes de hojuela no estuviera del todo flamante, ni su fieltro ocultara por entero sus lacerias con la profusión de lazos de colonia que, á falta de plumas, le adornaban la ropilla, tal arte se habia dado la gamuza en abrillantar y pulir lo mismo la cadena de alquimia que le caía sobre el pecho que los guardamanos de la espada y la daga que llevaba á la cinta, y sobre todo, de tal modo se habia empleado la alquitira en hacer puntas á bigotes, y el sebillo portugués en alisar guedejas, que mal año si vistas á aquella luz, que era la dudosa del morir del día, no hubieran pasado á los ojos más avizores por galas de apuesto Medoro las que en realidad no eran sino disfraz del hambre y arreo de la miseria.

Buen talle y no mala cara tenia, por Dios, el mancebico; á fuer de montañés y de las de León que decia ser, se daba por más alcurniado que el mismo duque de Sesa, y según el modo que de mirar tenía, á los hombres á lo

heseo y perdonavidas, y á las hembras á lo carnero degollado, bien se echaba de ver que tanto de los bríos de su brazo fiaba para tener á raya á los primeros, como de las prendas de su persona se jactaba para rendir los corazones de las segundas.

El mal de todo ello picaba en que D. García de Riaño y Loaisa—que tal era el nombre del mozo, el cual no llegaría á los veintitrés abriles—tan pagado se hallaba de sus gallardias, que por más que pretexto hubiera tomado para dejar las estrecheces de su casa solar de la montaña en lo de buscar honroso acomodo en el tinelo de cierto grande con quien unía á su padre un parentesco capaz de cansar al galgo que en alcanzarle se hubiera empeñado, ni por las mientes le pasó siquiera que pudiera servir de paje quien á tenerlos propios estaba llamado en cuanto cualquier principalísima dama se percatara de lo galán de su porte ó escuchara hacerse lenguas de sus arrestos y bravezas.

Que la fe con que contaba para lograrlo era mucha, no hay para qué decirlo. Baste apuntar que aunque en el mes corrido que llevaba en Madrid ni habia tenido lance en que emplear su tizona ni ojos algunos se habían fijado en él, como no fueran los de alguna moza del vedrio, en cuya conquista claro se está que no habia de haberse empleado el presuntuoso hidalgo, aun puesto por consunciones de su bolsa en el duro trance de habilitar el letuario que le sirvió de desayuno por comida, y aun si es caso por cena, seguía tan esperanzado y paciente como si, aguardando flota de Indias, no hubiera nao holandesa ni vela de corsario berberisco por los mares.

II

¡Y qué verdad es aquello que se dice de que no hay sino la constancia para vencer imposibles! En fuerza de no dejar una tarde de hacer la rosca en la calle Mayor ó en las Olmedas del Prado, á puro perder mañanas rondando como palomino atontado por las gradas de la Victoria, que por ser la parroquia de las Jamas, como la llamó no ha mucho cierto ingenio, era el templo á que, si no la devoción, la curiosidad le guiaba, de paróle la suerte, precisamente en el caer de aquella tarde que habló al principio un lance que no á la suya, sino á cabeza más sólida y mejor asentada hubiera hecho perder todo seso.

Es el caso que cuando, perdida la esperanza por aquel día, no ya de conseguir el logro de sus deseos, sino, lo que es peor, de encontrar posada donde no le exigieran la costa, tomaba rumbo desde las monjas Constantinoplas, en que habia hecho sus oraciones, á las gradas de San Felipe, antes de doblar las tapias del Buen Suceso, cortóle el paso una dueña muy reve-



renda de monjiles de olán y manto de burato, que, poniéndose delante, murmuró con tono lacrimoso y en voz melosilla, aunque un tanto cascajosa:

— Si mis ojos, seor caballero, cansados de llorar las desdichas del ama más bella y desventurada á que sirvió dueña, no se enojan, vuestra gallardía es la misma que lacerado tiene el pecho de mí sá doña Beatriz, la que si sólo pagó vuestras miradas bajando aquellas pestañas que ocultan dos abreviados y azulísimos cielos, y no dió otra respuesta á vuestros razonados billetes que el silencio, no tuvo en ello parte su voluntad, y si sólo los tiranos que la afligen. Hoy su temido cencerbero, el adusto tutor que la oprime, hace visto precisado á dejar la corte, aunque por breves horas, y no quiere mi señora perderlas sin que se concierte el medio de que, gozando á un tiempo de su mucha hacienda y de su codiciada hermosura, la saquéis del cautiverio en que yace. Si vuestro pecho está resuelto á arrostiar todo peligro por lo gran joya de tan alta valía, seguidme, que á dos pasos de aquí está la casa que de cárcel sirve á la que desde el punto en que os vió ni momento de reposo tiene, ni otra ventura que la de ser vuestra esposa.

Seguro estaba el hidalgo montañés de no conocer á doña Beatriz más que al preste Juan de las Indias, y tan limpio se veía de haberle escrito carta ni billete, que, de estarlo así de pecado, por fija hubiera dado su salvación. Pero esto no fué olstáculo para que, manifestando la alegría de quien ve realizado lo que por imposible tomó, se dejara guiar por la dueña, que, por cierto, sin decirle otra palabra, le hizo cruzar por tan intrincada red de callejas, que otro hilo de Ariadna parecía preciso para salir de aquel nuevo laberinto.

III

El no tener la casa de que la dueña abrió la puerta, valiéndose de la llave que á prevención traía, los humos de palacio, con que su ambición debió soñar, no detuvo al bueno de don García para aventurarse por la empinada escalera en que remataba el negro y no bien oliente zaguán. Y lo cierto es que no tuvo luego por qué arrepentirse, que la dama en cuestión, ya que no por tan principal como de lo pintado resultase, en punto á hermosura, casi, casi por dechado de toda perfección, podía disputársela.

Confuso quedó al verla el hidalgo. El error iba á ser descubierta, y trabajo había de costarle no salir de la estancia con mayor prisa de la que había empleado en entrar. Pero ¡oh sorpresa! lejos de percatarse la hermosa doña Beatriz del engaño, de tal modo pareció aferrarse á él, tan escaso lugar dió al galán á toda disculpa, que en breves minutos ganó éste tanto camino en su corazón, que sabe Dios el rumbo que habrían tomado las cosas si de pronto, turbado el dulce coloquio, no entrase en la estancia la dueña, gritando con un azoramiento tan bien fingido que con la misma realidad se confundía.

— ¡Oh, mi señora doña Beatriz! ¡Oh, mi gentil y generoso caballero! Víctimas somos de la mayor de las desgracia que pudiera acaecernos.

— ¿Qué ocurre? — preguntó D. García poniéndose de pie.

— Que mi señor don Lope, el tutor de esta desventurada doncella, acaba de entrar en la casa, que ya está subiendo las escaleras, y que dentro de poco todos habremos pagado con la vida nuestro atrevimiento ó nuestro mal sino.

Y antes de que tales palabras hubiera acabado de pronunciar la Celestina, sin dar tiempo á que el desmayo de que se



sentía tomada D.ª Beatriz se consumara por entero, abrióse con estrépito la puerta y apareció en la sala la arrogante figura del llamado D. Lope, que más que de tutor desabrido y adusto la tenía de rendido galanteador, por más que ya las flores de su juventud fueran marchitándose.

Un poco palideció al verle el hidalgo; pero entendiendo muy luego que la situación no era tan apurada, con tan gentil donosura encareció su amor y su respeto á D.ª Beatriz, con tan sumiso tono habló al que, con fueros de tutor se presentaba, que éste no sé si ganado por la actitud del delincuente, ó si por otras causas, depuesto en breve lo adusto del tono acabó por ofrecer la mano de su pupila al que al parecer no anhelaba otra cosa sino dejar á salvo una honra puesta en entredicho por aquella aventura.

Es más, á los tres días de visitar el hidalgo montañés aquella casa, el mismo tutor, que no era menos que fiscal del Consejo de Ordenes, comendador en Ocaña de la de Calatrava y presunto heredero de uno de los más alcañados títulos de la Corona de Aragón, deseoso de acabar una boda en la que tenía el mayor empeño, no dudó en hacerle adelantar á cuenta de la dote de su pupila, de unos cuantos centenares de escudos que le eran precisos para pedir papeles y lograr dispensaciones.

¡Lástima que tanto desprendimiento y tanta bondad no tuvieran el premio merecido! Antes de las veinticuatro horas recibía el siguiente billete:

«Con mujer principal, Sr. D. Lope, soñé cuando vine á la corte; mas confieso que hoy es la que quiero tanto como la que vuestra señoría me ofrece. Guardando vos á D.ª Beatriz y yo vuestros escudos, recordaremos dos cosas: que ni los hidalgos de la montaña somos tan necios como presumís, ni los señores de la corte tan avisados como se creen. Dios os libre de todo mal, como á mí me libre de vuestros tratos. — D. García de Riaño y Loaisa.»

Angel R. Chaves.

¿CÓMO VIVIRÁN!

¡Felices ellos! Lejos de la corte,
convertida en infierno accidental
podrán gozar las auras campesinas
y vivir en completa libertad!
En Gljón, y en el mar «ambes á dices»,
y cuando azul y blanca esté la mar,
pasarán muchas horas muy dichosas,
refrescándose Ramos y Vital.
Luis Taboada andará con tapa-rabos
y en mallas naturales, poco más,
descubriendo lo bello de sus formas
y excitando la envidia en Portugal.
Vestido de insurrecto en la manigua,
Pérez Zúñiga vive en su lugar,
regando las maquetas y verdunas
de su finca rural.
¡Vida campestral! ¡deliciosa vida!
¡Andar suelto y vivir sin trabajar!
Dormir cabe el arroyo cristalino,
hable bien ó hable mal;
es decir, que murmure ó no murmure,
dejarle marmurar.
Oír el dulce canto del mosquito,
que parece un suspiro angelical,
y el tierno rai-teñor, si está bien frito,
que decía un señor vate vana.
Pasear, cuando el sol va descendiendo,
entre cerdos, pollinos y demás,
y jugar al treallo con el cura,
el alcalde y el juez municipal,
y perder, por supuesto, las pesetas,
salir algunos días á cazar,
bien sea con el perro del alcalde
ó con otro animal.
Asistir á la fiesta del patrono,
hasta ponerse frae,
y llevar una vela, cuando sale
la procesión, y acaso torear
un novillo en unión del boticario
á la limón, de frente y por detrás.
Esta es vida y placer y diversiones.
¿Eso es veranear?
Pues prefiero Madrid, porque siquiera,
hay más independencia personal.

Esto lo digo yo, pongo por caso,
que soy inamovible. ¡Voto val!

Eduardo de Palacio.

ESPAÑA CÓMICA.



—¡Despata, qué te para vendrá!



Adós, pascoso.



Retrasos en tartana.



—¡En verdad! ¿Si quieres aquí la escopeta le vendea al jefe!



El Paso de los Mártires.

¡Y luego dicen uno que no le venga con alicantista! ¡No caerá esa breva!

UN CANDIDATO

Á ti que te venga con tristes recuerdos algún envidioso del mucho dinero que á fuer de paños supiste ganar, que cuenten historias y chismes y cuentos y te echen en cara los tiempos aquellos en que ibas cargado como un animal.

Que digan algunos, sin pizca de lacha, que tú con tus mismas robustas espaldas llevabas un tiempo los sacos de cok, que entonces comías si acaso patatas sobrantes del plato de alguna criada y en una cazuela que el gato lamó.

Que sigan los tontos contando detalles de aquella fortuna y aquellos bagajes que hicieron contigo su entrada en Madrid, y al fondo del burdo morral que le saquen tres reales y medio, dos verdes tomatés y un duro zoquete de pan de maíz.

Que aumenten, si gustan, la lista de cargos diciendo que tienes talento tan claro que apenas si sabes sumar y restar,

que digan que dices algunos vocablos así como *ajeto, muchísimo, trempanso, vinoago, pacencia, pacido y verdaz.*

Y en fin, que reñeran con todo detalle que un día, con otros también concejales, te vieron en plena solemne sesión lociendo muy serio dos pares de guantes: el an par cogido con mucho donaire y el otro calado con gran distinción.

En cambio, que vuelvan la vista los tontos á ver tus hoteles, tus trenes lujosos, tu caja inundada de un mar de papel, que van en tu busca los pingües negocios, que puedes prestarle dinero al Tesoro quedándote muchas talegas después.

Y á ver si no es cierto que el mozo robusto que supo ganarse las onzas á pulso, llevando á la espalda los sacos de cok, no es de esa madera de tantos... carbustosos que van al Senado con graves discursos... á fin de que duerman la siesta mejor.

Antonio Montalbán.

CHISMES Y CUENTOS.

Por fin vuelven los periódicos á protestar de la indemnización Mora, aprobada en Consejo de ministros y próxima á ser pagada contra viento y marea.

Ya se sabe que es inútil, porque los Gobiernos españoles podrán volverse atrás de las resoluciones buenas, pero de las malas... ¡aunque los apen! Lo chusco del caso es que, según informes dignos de crédito, todo ello se reduce á un chanchullo enorme de unos cuantos abogados trapisondistas apoyados por los Estados Unidos, á los cuales Estados parece que hemos tomado ahora un miedo horroroso.

Además, y esto es lo más grave, se sospecha con algún fundamento que gran parte de ese dinero, que le va á costar á la nación sudar tiuta, irá á parar á manos filibusteras y se empleará en cartuchos para matar soldados españoles.

Confesemos que han cambiado los tiempos. Antes, cuando nos pedían indebidamente unas barras de oro, las enviábamos por las bocas de los cañones, y ahora... Ahora se nos debía caer la cara de vergüenza.

¿Constancia? ¿ortografía?
No hay mujer que las tenga... ¡es tontería!

Dicen que la corrida fué animada.
¡Claro! Murió el espada...

RAFAEL MAROTO.

La novela de *El testamento falso*, segunda parte, está á punto de terminar del modo siguiente.

De *El Imparcial*:
«En vista de que transcurren los días y no se presentan los hermanos Lumbreras al Sancho, ni tampoco se logra averiguar su paradero, continuará abierto este proceso hasta que expire el plazo legal y pueda el juzgado remitir la causa á la Audiencia con la declaración de aquéllos en rebeldía, y apareciendo como única procesada D.^a Rita Elejalde.»

Más claro, agua.
Á doña Rita la absolverán por falta de prueba, los *instrumentos* del delito irán á presidio por una temporada, y los al parecer instigadores, los que estuvieron á dos dedos de hacer un buen negocio, correrán por esos mundos de Dios contentos y felices.

Y hasta otra.

De *El Liberal*:

«Anteayer Serra, que quiere que doña Rita vaya á cantar á los Jardines, ayer Ricardo Ducazal, que fué á dar consejos á la procesada; á todas horas periodistas que auguran un triunfo sin ejemplo la noche de la representación primera...»

«...Doña Rita contesta á todo esto que ella querría cantar en Apolo ó en Eslava.»

Querría... querría.

Pues dispense usted, señora; pero de Apolo estoy por responder con la cabeza, y de Eslava... casi con el resto del cuerpo.

Mira si será fea Timotea
que hasta á su madre le parece fea.

ALBERTO CASANAL SHAKERY.

Todos los años, en cuanto la corte se traslada á San Sebastián, surge un tema periodístico y telegráfico que no nos deja respirar en unos cuantos meses.

Primero fué el caza-torpederos *Destructor*. (¿Qué habrá sido de él?)

Siguió el *Conde de Venadito*, de feliz memoria.

El año pasado se descolgó por allí la *Nautilus*.

Y este año... ¡oh! este año tenemos unos *Coros Clavé* allí... y en la boca del estómago.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Antes de empezar, y para que no siempre vaya la advertencia como coetilla, debo decir que he contado por gusto (¡ay! hay gustos que merecen palos) las cartas que tengo que echarme al colete, y son ciento veintitrés; ni una menos. Leerlas... las leeré todas, yo se lo juro á ustedes, pero la inmensa mayoría tienen que quedar sin contestación... so pena de hacer un suplemento. Lo aviso para que me dispensen los *postergados*. Y ahora vamos á la tarea.

Sr. D. M. G. S.—Resulta el romance demasiado pedestre.

Calabacín.—No, señor; pártale á usted una centella antes que ver publicado eso. ¡Hasta ahí podían llegar las bromas!

Sr. D. R. H. U.—Eso de

«El canto melancólico del grillo»

lo he oído yo en alguna parte. ¡Ah, ya se dónde ha sido! En la noche callada y en la silenciosa pradera.

El caballero de la Tenaza.—Los madrigales no pueden ser tan largos, porque se desvirtúa mucho el efecto. En ocho ó diez versos y en un álbum no estaría mal. Porque el asunto es un poquito pasado...

Roque.—¿Y ésa es la primera escena

de una pieza pistonuda?

¡Pues no hay duda

de que saldrá cosa buena!

Sr. D. A. S.—Dice usted bien: «A morir los caballeros...» y á colgar la péñola inmediatamente los que no sepan contar las sílabas.

Sr. D. A. B.—¡Dios mof Ni asonantes, ni metrificacón... nada absolutamente! ¡Es mucha desgracia!

Lago Ladoga.—Bienaventurados los que piensan que *Julepe y cruque* son consonantes, porque ellos irán á parar al limbo de los niños ó seno de Abraham.

Rosol.—Pesadico sois, y endemoniadamente escribís por añadidura.

Sr. D. J. C. R.—«Nunca olvidaré aquellas dos horitas

que contigo pasé aquella tarde

todavía el pecho á mí me arde,

como que estabas en casa tú solita.»

Cuente usted despacio, y ¡á que no tiene once sílabas ninguno de estos versos! ¿Quiere usted un consejo sano? Déjese de coplas; ¡el fin y el medio la endiablada literatura no da más que disgustos!

Saleroso.—Muy bonito... para la pared de... en fin, de un sitio dé esos en que se escriben zanganadas.

Lope.—«Antes torcerá su curso

el río de la montaña

que pensar que tú me engañas

y darte ningún disgusto.»

¡Caramba! Pues ¡qué mayor disgusto quería usted darle? ¿Ó le parece á usted flojo el de aconsonantar de esa manera?

Sr. D. S. F.—Medianitas de suyo las menudencias y más mediana todavía la anécdota del sastre. ¡La buena forma es el todo!

Martolami.—Esa comparación entre la piedra herroqueña y el corazón de la ingrata... no se le habrá ocurrido á usted precisamente. Porque lo del *pecho de roca* se ha encontrado grabado en los dolmenes celtas.

Tropalón y C^o.—Si pudiera usted arreglar el final... Pero ¡quién no va usted á poder, como si lo viera!

Un incrédulo.—Carece de novedad por completo. Además, *francamente* y *encuentre* se van á dar de puñaladas si los obligan á ser consonantes. ¡Porque les va á molestar mucho!

Zeco.—Siga usted trabajando, señor Zeco,

pero poquito á poco...

Al que tiene un libro.—Pero ¿es todo así, como lo de la muestra? ¡Pues más le valiera á usted tener un tabardillo pintado!

Tarasón.—Poquita cosa. El encuadernador es A. Ménard, pasco del Prado, 22.

K. Lañacín.—Y van dos calabacines esta semana, aunque éste lo dié mala con la K. ¡Dijos se lo conservé!

E. E. E. E.—Sí; ¡eh! ¡eh! que eso es de Campesamor y se lo ha quitado usted del bolsillo.

El ciclista de las fantorrillas al aire.—¡Ojalá le engorden á usted mucho, á ver si le salen las menudencias un poquito menos caudorosas!

Ruleta.—¿Y qué le ha contestado á usted la niña de los ojos azules? (¿Que el soneto es malito?) Pues, mire usted, no va descaminada del todo.

Ch. M..—Todo me lo podía sospechar, hasta la posibilidad de que volaran los versos. Pero eso de que *colgara* todavía el centenario de Colón... aunque me lo juraron frailes capuchinos. Y sin embargo, *celta*.

P. R. Gilero.—Inocentísimo como un verdadero achado de salir del hervor. Al verso:

«no he de omitirte nada»

le falta una sílaba, Paciencia y á otra.

CHOCOLATES Y CAFÉS DE LA COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPOSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primera planta.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambay, calle Rivadavia, 513, Buenos Aires.